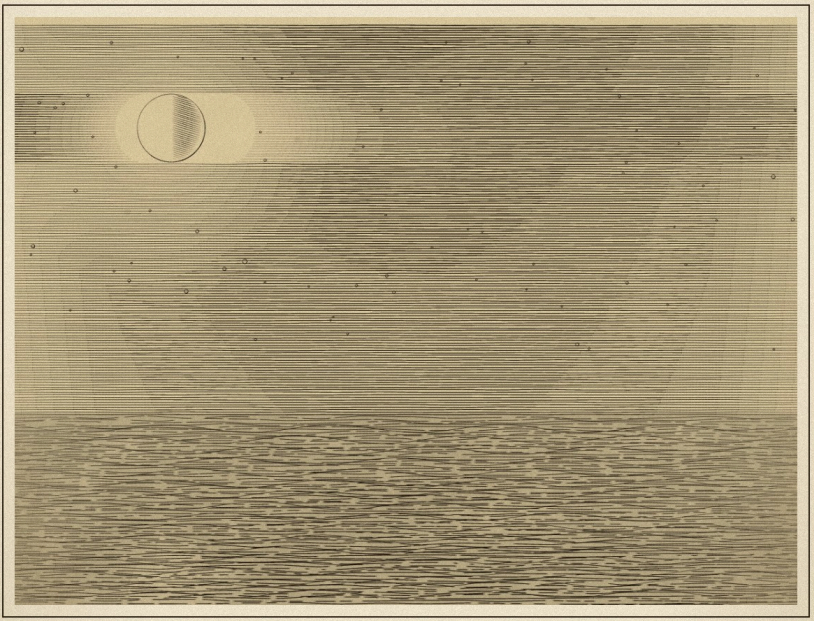
EL CUERVO Y LA CANCIÓN DEL PIRATA

Edgar Allan Poe y José de Espronceda



La lámpara encendida

MMXXVI

El cuervo y la Canción del pirata

Edgar Allan Poe y José de Espronceda

La lámpara encendida

Edición digital de La lámpara encendida, 2026.

Texto de dominio público: El cuervo en la traducción de Juan Antonio Pérez Bonalde (1887), y texto original de la Canción del pirata de José de Espronceda (1835).

Portada y maquetación: La lámpara encendida.

Esta edición es gratuita. Puedes leerla, copiarla y compartirla libremente.

Escucha este libro completo, leído en voz baja para dormir, en nuestro canal de YouTube «La lámpara encendida».

Índice

El cuervo

Canción del pirata

El cuervo

Una fosca media noche, cuando en tristes reflexiones, sobre más de un raro infolio de olvidados cronicones inclinaba soñoliento la cabeza, de repente a mi puerta oí llamar:

como si alguien, suavemente, se pusiese con incierta mano tímida a tocar:

«Es—me dije—una visita que llamando está a mi puerta:

eso es todo y nada más!»

¡Ah! Bien claro lo recuerdo: era el crudo mes del hielo, y su espectro cada brasa moribunda enviaba al suelo.

Cuán ansioso el nuevo día deseaba, en la lectura procurando en vano hallar tregua a la honda desventura de la muerte de Leonora, la radiante, la sin par virgen pura a quien Leonora los querubes llaman, hora ya sin nombre... ¡nunca más!

Y el crujido triste, incierto, de las rojas colgaduras me aterraba, me llenaba de fantásticas pavuras, de tal modo que el latido de mi pecho palpitante procurando dominar, «es, sin duda, un visitante— repetía con instancia— que a mi alcoba quiere entrar:

un tardío visitante a las puertas de mi estancia...

eso es todo, y nada más!»

Paso a paso, fuerza y bríos fue mi espíritu cobrando:

«Caballero—dije—o dama:

mil perdones os demando;

mas, el caso es que dormía, y con tanta gentileza me vinisteis a llamar, y con tal delicadeza y tan tímida constancia os pusisteis a tocar,

que no oí»—dije—y las puertas abrí al punto de mi estancia;

¡sombras sólo y...

nada más!

Mudo, trémulo, en la sombra por mirar haciendo empeños, quedé allí, cual antes nadie los soñó, forjando sueños;

más profundo era el silencio, y la calma no acusaba ruido alguno... Resonar sólo un nombre se escuchaba que en voz baja a aquella hora yo me puse a murmurar, y que el eco repetía como un soplo: ¡Leonora...!

esto apenas, ¡nada más!

A mi alcoba retornando con el alma en turbulencia, pronto oí llamar de nuevo,—esta vez con más violencia, «De seguro—dije—es algo que se posa en mi persiana;

pues, veamos de encontrar la razón abierta y llana de este caso raro y serio, y el enigma averiguar.

¡Corazón! Calma un instante, y aclaremos el misterio...

—Es el viento—y nada más!»

La ventana abrí—y con rítmico aleteo y garbo extraño entró un cuervo majestuoso de la sacra edad de antaño.

Sin pararse ni un instante ni señales dar de susto, con aspecto señorial, fue a posarse sobre un busto de Minerva que ornamenta de mi puerta el cabezal;

sobre el busto que de Palas la figura representa, fue y posóse—¡y nada más!

Trocó entonces el negro pájaro en sonrisas mi tristeza con su grave, torva y seria, decorosa gentileza;

y le dije: «Aunque la cresta calva llevas, de seguro no eres cuervo nocturnal, viejo, infausto cuervo obscuro, vagabundo en la tiniebla...

Dime:—«¿Cuál tu nombre, cuál en el reino plutoniano de la noche y de la niebla?...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Asombrado quedé oyendo así hablar al avechucho, si bien su árida respuesta no expresaba poco o mucho;

pues preciso es convengamos en que nunca hubo criatura que lograse contemplar ave alguna en la moldura de su puerta encaramada, ave o bruto reposar sobre efigie en la cornisa de su puerta, cincelada, con tal nombre: «¡Nunca más!».

Mas el cuervo, fijo, inmóvil, en la grave efigie aquella, sólo dijo esa palabra, cual si su alma fuese en ella vinculada—ni una pluma sacudía, ni un acento se le oía pronunciar...

Dije entonces al momento: «Ya otros antes se han marchado, y la aurora al despuntar, él también se irá volando cual mis sueños han volado.»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Por respuesta tan abrupta como justa sorprendido, «no hay ya duda alguna—dije—lo que dice es aprendido;

aprendido de algún amo desdichado a quien la suerte persiguiera sin cesar, persiguiera hasta la muerte, hasta el punto de, en su duelo, sus canciones terminar y el clamor de su esperanza con el triste ritornelo de jamás, ¡y nunca más!»

Mas el cuervo provocando mi alma triste a la sonrisa, mi sillón rodé hasta el frente al ave, al busto, a la cornisa;

luego, hundiéndome en la seda, fantasía y fantasía dime entonces a juntar, por saber qué pretendía aquel pájaro ominoso de un pasado

inmemorial, aquel hosco, torvo, infausto, cuervo lúgubre y odioso al graznar: «¡Nunca jamás!»

Quedé aquesto investigando frente al cuervo, en honda calma, cuyos ojos encendidos me abrasaban pecho y alma.

Esto y más—sobre cojines reclinado—con anhelo me empeñaba en descifrar, sobre el rojo terciopelo do imprimía viva huella luminosa mi fanal— terciopelo cuya púrpura ¡ay! jamás volverá ella a oprimir— ¡Ah! ¡Nunca más!

Parecióme el aire, entonces, por incógnito incensario que un querube columpiase de mi alcoba en el santuario, perfumado —«Miserable ser—me dije—Dios te ha oído, y por medio angelical, tregua, tregua y el olvido del recuerdo de Leonora te ha venido hoy a brindar:

¡bebe! bebe ese nepente, y así todo olvida ahora.

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Eh, profeta—dije—o duende, mas profeta al fin, ya seas ave o diablo—ya te envíe la tormenta, ya te veas por los ábregos barrido a esta playa, desolado pero intrépido a este hogar por los males devastado, dime, dime, te lo imploro:

¿Llegaré jamás a hallar algún bálsamo o consuelo para el mal que triste lloro?»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«¡Oh, Profeta—dije—o diablo—Por ese ancho combo velo de zafir que nos cobija, por el mismo Dios del Cielo a quien ambos adoramos, dile a esta alma adolorida, presa infausta del pesar, si jamás en otra vida la doncella arrobadora a mi seno he de estrechar, la alma virgen a quien llaman los arcángeles Leonora!»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

«Esa voz, oh cuervo, sea la señal de la partida.

grité alzándome:—¡Retorna, vuelve a tu hórrida guarida, la plutónica ribera de la noche y de la bruma!...

de tu horrenda falsedad en memoria, ni una pluma dejes, negra, ¡El busto deja!

¡Deja en paz mi soledad!

¡Quita el pico de mi pecho! De mi umbral tu forma aleja...»

Dijo el cuervo: «¡Nunca más!»

Y aún el cuervo inmóvil, fijo, sigue fijo en la escultura, sobre el busto que ornamenta de mi puerta la moldura...

y sus ojos son los ojos de un demonio que, durmiendo, las visiones ve del mal;

y la luz sobre él cayendo, sobre el suelo arroja trunca su ancha sombra funeral, y mi alma de esa sombra que en el suelo flota... ¡nunca se alzará... nunca jamás!

Canción del pirata

Con diez cañones por banda, viento en popa, a toda vela, no corta el mar, sino vuela, mi velero bergantín:

Bajel pirata que llaman, por su bravura, el Temido, en todo mar conocido, del uno al otro confín.

La luna en el mar riela, en la lona gime el viento, y alza en blando movimiento olas de plata y azul;

y ve el capitán pirata, cantando alegre en la popa, Asia a un lado, al otro Europa, y allá a su frente Stambul:

«Navega, velero mío, sin temor, que ni enemigo navío ni tormenta, ni bonanza tu rumbo a torcer alcanza, ni a sujetar tu valor.

»Veinte presas hemos hecho a despecho del inglés, y han rendido sus pendones cien naciones a mis pies.»

»Que es mi barco mi tesoro, que es mi Dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria, la mar.

»Allá muevan feroz guerra, ciegos reyes por un palmo más de tierra;

que yo tengo aquí por mío cuanto abarca el mar bravío, a quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa, sea cualquiera, ni bandera de esplendor, que no sienta mi derecho y dé pecho a mi valor.»

Que es mi barco mi tesoro, que es mi dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria, la mar.

»A la voz de «¡barco viene!»

es de ver como vira y se previene, a todo trapo a escapar;

que yo soy el rey del mar, y mi furia es de temer.

»En las presas yo divido lo cogido por igual;

sólo quiero por riqueza la belleza sin rival.

Que es mi barco mi tesoro, que es mi dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria, la mar.

»¡Sentenciado estoy a muerte!

Yo me río;

no me abandone la suerte, y al mismo que me condena, colgaré de alguna entena, quizá en su propio navío.

»Y si caigo, ¿qué es la vida?

Por perdida ya la di, cuando el yugo del esclavo, como un bravo, sacudí.

Que es mi barco mi tesoro, que es mi dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria, la mar.

»Son mi música mejor aquilones, el estrépito y temblor de los cables sacudidos, del negro mar los bramidos y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno al son violento, y del viento al rebramar, yo me duermo sosegado, arrullado por la mar.

Que es mi barco mi tesoro, que es mi dios la libertad, mi ley, la fuerza y el viento, mi única patria, la mar.